
LICENCIA POÉTICA

Revista temática de poesía

POESÍA

Un concepto difícil



AEP
boutique de poesía

LICENCIA POÉTICA

REVISTA TEMÁTICA DE POESÍA

LICENCIA POÉTICA

Una publicación de ARS POETICA

N.º 1
SOLSTICIO DE INVIERNO
2017

© 2017 ENTREACACIAS, S.L.
[Sociedad editora]

c/Palacio Valdés, 3-5, 1º C
33002 Oviedo | Asturias
(ESPAÑA)

Tel. Pedidos: (34) 984 701 911
Tel. Administración: (34) 985 792 892
WhatsApp: (34) 658 896 003

www.arspoetica.es

info@arspoetica.es
pedidos@arspoetica.es
admin@arspoetica.es
medios@arspoetica.es

DIRECTOR EDITORIAL

Illa Galán

ISSN
2531-2626

DIRECTOR GERENTE

Ignacio Méndez-Trelles Díaz

DEPÓSITO LEGAL
AS 03729-2017

IMPRIME
Quares



© Reservados todos los derechos
ARS POETICA no se adhiere necesariamente a las
opiniones expresadas por sus colaboradores, de las
que ellos son únicos responsables.

ENSAYISTAS

Enrique Gracia Trinidad
Ignacio Gómez de Liaño
Jesús Urceloy
Pedro Lecanda Jiménez-Alfaro
Álvaro Muñoz Robledano
Iván Gonzalo

€

PVP
14 euros

SUSCRIPCIÓN ANUAL
44 € (España)
64 € (resto de Europa)

EN ESTE NÚMERO

Editorial | 7

Definir la poesía, ¡y qué falta hace! | 11

ENRIQUE GRACIA TRINIDAD

Sobre la poesía | 27

IGNACIO GÓMEZ DE LIAÑO

*Una definición de poesía desde el punto de vista de la poesía
del conocimiento* | 35

PEDRO LECANDA JIMÉNEZ-ALFARO

*Algunas consideraciones acerca de los mecanismos
para la generación de objetos poéticos, o
¿y dice usted que esto es un poema?* | 45

ÁLVARO MUÑOZ ROBLEDO

El verso libre: ¿Blade runner o replicante? | 51

IVÁN GONZALO

Hacia una poética personal (una autoentrevista) | 59

JESÚS URCELOY

*El Marqués de Santillana o la poesía como espada sabia,
bella y santa* | 73

ILIA GALÁN

EDITORIAL

Poesía o sabiduría en su originaria fuente, pues brota allí mismo como belleza y verdad cuya bondad se percibe de modo unitario, tal es la concepción de no pocos autores clásicos. Y de hecho, si el Marqués de Santillana la considera hermosa y muy útil cobertura, también la relaciona con el modo de hablar divino, según se desprende de algunos de los más significativos pasajes bíblicos, tal y como hará siglos después, Philip Sidney con su *Defence of Poetry*.

Sin duda, puede ser un adorno, un bello entretenimiento, a veces cursi, pero también puede ser el más profundo saber: Parménides, Empédocles, Lucrecio, Tomás de Aquino, Llull, Santob de Carrión, Rousseau, Voltaire, Lessing, Hegel, Nietzsche, Heidegger, Miguel de Unamuno o María Zambrano son algunos nombres de filósofos reconocidos que en verso escribieron, pero también leemos multitud de textos poéticos en la tradición de los Vedas, entre los *Upanishad*, en los textos budistas, en la poesía mística Sufí, la de San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús y tantos otros grandes y profundos pensadores.

Por eso Íñigo López de Mendoza la consideró la más digna de las ciencias que ilumina y esclarece las oscuridades de la vida, pero no es visión sólo antigua o que de nuevo emerge en el tardío Medioevo o en el Renacimiento, sino que la leemos también entre los más insignes propulsores del Romanticismo con autores como Schelling, Hegel y Hölderlin en su *Primer programa del Idealismo Alemán*, pues los tres, como filósofos y teólogos que fueron, concibieron que hacia falta una nueva mitología, una mitología, eso sí, de la razón, que hiciera intuitiva y afectiva la verdad desnuda que se muestra también en los abstractos.

Podemos estudiar, como Jesús Urceloy, las diversas poéticas o, como Iván Gonzalo Rodríguez, la diferencia entre sus modos de

expresión, en verso libre o no: «En primer lugar, el límite de la poesía es el ritmo y el verso es un mero trámite.»

Pero de lo que no parece haber duda es, en palabras de Lecanda, que: «la poesía es el lenguaje, distinto del ordinario por su elemento estético (...)» o, como señala Álvaro Muñoz Robledano: «Parece evidente que la poesía es un uso alterado del lenguaje, un estado de alienación del mismo con respecto a sus características. Pero esa alienación proviene, necesariamente, de su conciencia.»

Esa alienación es un salirse de sí mismo y ser lo otro, para reencontrarse en un nosotros, llegando, como diría Schelling, a unir por medio de lo inconsciente, lo consciente, lo subjetivo y lo objetivo, lo real y lo ideal.

En resumen, si bien definirla, según considera Enrique Gracia Trinidad, es tarea cercana a lo imposible o, como él mismo dice, si se consiguiese dejaría de dedicarse a ella, es que: «Definir pretende siempre situar en un entorno, dar categoría racional a un objeto o tema, fijar con precisión un significado o una naturaleza, y todo eso es muy ajeno a la poesía.» Pues, sin duda, el contenido poético parece ser algo sagrado y por eso sólo se deja ver como entre brumas, entre silencios y palabras o, como señala Trinidad Gracia: «La poesía, como la vida, hay que mirarla entre líneas siempre.» Pues entramos en ese terreno de lo que, como Wittgenstein al final del *Tractatus* decía, de lo que no puede hablarse, y por ello él sentenciaba que era mejor callar-

se. El silencio es la respuesta, pero un silencio no vacío, sino lleno. Tal vez por eso, al volver de sus años de meditación y retiro siguió hablando, aunque de otro modo.

«Es por eso que la poesía es la palabra que arrastra la palabra muda, el *silencio sonoro, la música silente*», dice Pedro Lecanda, y es que la poesía habla de lo que no es expresable, de lo que transciende el mismo lenguaje del que sin duda es la más alta expresión.

Aquí el lector hallará unas reflexiones que le llevarán, de mano de los poetas, a los versos y al silencio inexpresable expresado, porque si no puede definirse lo que es poesía, al menos puede señalarse como un dedo que indica el camino hacia ese universo otro e infinito.Δ



Poeta español nacido en Madrid en 1950. Abandonó sus estudios en el Seminario Conciliar de Madrid para dedicarse a partir de 1970 a la literatura y el teatro clásico. Es director de los ciclos de lecturas Poetas en Vivo organizado por Caja Madrid en la Biblioteca Nacional, y de los talleres creativos «El arte de escribir». Coordina, entre otros, el certamen de teatro clásico «La vida es sueño» y el de «Teatro contemporáneo Siglo XXI». Es miembro de la Junta Directiva de la Asociación de Escritores y Artistas Españoles y de la Asociación Prometeo de Poesía. Ha recibido muchas distinciones por su obra poética entre las que vale la pena mencionar: Accésit del Premio Adonais con «Encuentros» (1972), Premio Encina de la Cañada con «Canto del último profeta» (1988), Premio Feria del Libro de Madrid con «Crónicas del laberinto» (1991), Premio Blas de Otero con «Restos de almanaque» (1993), Premio Juan Alcaide con «Siempre tiempo» (1997), Profesor Honoris Causa de la St. Lukas Gilde Antwerpen Akademie (2002), Premio Emilio Alarcos por «Sin noticias de Gato de Ursaria (2004).

DEFINIR LA POESÍA ¡Y QUÉ FALTA HACE!

Enrique Gracia Trinidad

Hace tiempo, escribí que el día que alguien consiga definir exactamente lo que es la poesía, yo al menos me dedicaría a otra cosa.

Definir pretende siempre situar en un entorno, dar categoría racional a un objeto o tema, fijar con precisión un significado o una naturaleza, y todo eso es muy ajeno a la poesía.

Es algo así como cuando se preguntan los listos del lugar que para qué sirve. Hay que recordar a Borges cuando le hicieron esa pregunta y respondió a la gallega con otras preguntas: «¿Para qué sirve un amanecer? ¿Para qué sirve el olor del café? ¿Para qué sirven las caricias?».

La poesía no es un producto farmacéutico del que pueda darse la fórmula por gramos e indi-

car para qué se usa y hasta cuáles son las contraindicaciones. Y quien vea necesario definir y explicar la poesía en estos términos más vale que se dedique a otra cosa porque está perdido.

Lo que sí podemos hacer es acercarnos al hecho poético y sugerir cómo leer los poemas, cómo servirnos de ellos, cómo aprovecharlos. Hablemos de eso.

La poesía, como la vida, hay que mirarla entre líneas siempre. Aún más, diría que hay que leer las líneas y las entrelíneas, las palabras y los silencios, lo que dice, lo que podría decir pero calla, lo que explica y lo que esconde, lo que suponemos que le dijo a su autor y lo que nos dice a nosotros, que no siempre coincide ni tiene por qué.

Y es que la buena poesía siempre sugiere más de lo que dice — es una de sus condiciones básicas — y nunca la termina el poeta sino el lector, o el que la escucha, cuando se implica de verdad, cuando es un buen lector o un buen oyente.

He hablado de la buena poesía, porque la otra, la que no nos interesa, la que nos deja fríos, la que aburre, la que nos suena a lo que ya hemos oído muchas veces, no diré que sea mala poesía —no quiero que se me enfaden los malos poetas, si es que hay alguno—, es que habría que inventar otro nombre para ella.

Suele decirse —y esto es aproximación, pero no definición— que un poema es paisaje, emoción, sentimiento, memoria, nostalgia, expresión de lo inefable, volcado del corazón —¡qué manía con ese músculo!—, pero podríamos decir mucho más: imagen, testimonio, parábola, denuncia, sugerencia, provocación, ternura, ironía, dolor, alegría, complicidad, observación intensa de la vida, introspección, tanto gozo como tristeza, metáfora continua y ausencia de metá-

fora, alarde del lenguaje o parquedad, espejismo y anhelo, agitación de la mente y muestra de quietud, alquiler de sueño, venta de quimeras, estremecimiento ante el mundo, pero también impasividad, reflejo de lo real o fantasía, retrato fidedigno y deformación, verdad y falsedad, belleza y horror, memoria y olvido... Y con todo ello no solamente no hemos definido la poesía sino que estamos dando vueltas a sus causas o a sus efectos, no a su sustancia, similar a la misma sustancia de la vida, que sigue escapándose entre los dedos como el agua.

Por mi parte, recuerdo haber dicho en alguna ocasión que la poesía no está en la forma, ni en la rima, ni en las imágenes ni siquiera en el tema de que trate: la poesía está en el temblor que te produce. Obsérvese que utilizo el verbo estar, no el verbo ser.

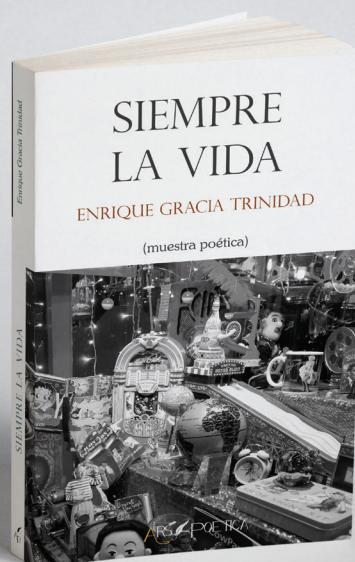
A los incondicionales de la poesía tradicional, esos que no soportan que la poesía actual rime con menos frecuencia y dicen que sin rima no hay poesía, les recordaría que una autoescuela del barrio madrileño de Alu-

che anuncia hace años en su escaparate: «Para conducir como un felino/Autoescuela Avelino»; ¿rima, verdad? ¿Pero a que no es poesía? Pues eso. Y conste que ya había versos blancos en el Renacimiento, ¡que hay que leer más!

Otros hay que definen la poesía como expresión del sentimiento, luchando contra los que afirman el mundo de la razón y las ideas. Habría que decirles que cuando el sentimiento deja de lado a la razón, el poema puede terminar en una explosión de vulgaridades empalagosas y manidas, y cuando es la razón la

que se impone a las emociones puede dejarnos absolutamente fríos. Tanto lo empalagoso como lo frío por sí solos son malos compañeros de lo poético.

Tanta poesía puede haber en un «te quiero» como en un «maldita sea tu estampa»; dependerá de donde se coloque y de la atmósfera que lo acompañe. Tanta poesía tiene una lata de conservas como un nenúfar, una dentadura postiza como el susurro de un bosque, un escarabajo pelotero como una mariposa, el bastón del abuelo como la pluma de un cisne. Puede ser más poético un zapato que



una mejilla, un grito que un suspiro, un insulto que un beso, un tipo feo que una muchacha hermosa, una mirada feroz que un parpadeo. Todo es cuestión del ambiente, de la utilización, de la destreza del poeta.

A estas alturas, han perdido mucho de su tradicional condición poética la rosa, la luna, los atardeceres, las olas del mar, el sueño de un niño y el amante que se fue; y no porque no sean poetizables sino porque los poetas los han desgastado de tanto repetirse y han intoxicado los libros con tanta insistencia. Nos cuesta muchísimo buscarles el ámbito original para que alguna vez vuelvan a ser objeto poético. Por otra parte la visión poética ha variado mucho a través de los tiempos, han cambiado los enfoques, la visión panorámica, los detalles. Los héroes estuvieron muy bien desde los tiempos homéricos hasta el Romanticismo por lo menos, hoy andan algo más descabalgados; los cantos patrióticos funcionaron cuando las distintas patrias los necesitaron o los demandaron con un criterio u otro, que en eso no

vamos a hurgar ahora; los amores de todo tipo estuvieron de moda casi siempre y aún perduran; también la naturaleza en todos sus aspectos, aunque tanto hablar del paisaje hubo temporadas que nadie aguantaba un arroyo más una besana o un viento suave; y además se ha impuesto otra mirada, la del poeta de ciudad, la del urbanita cada vez más frecuente que está distanciado de lo bucólico y que cuando habla del campo lo hace más de oídas turísticas que por experiencia real.

En definitiva, han cambiado los paradigmas y las referencias culturales son hoy muy distintas de las tradicionales. Tantos siglos de poesía rimada, épica o lírica, han llevado a los sistemas educativos a quedarse estancados y a muchos de los que hemos sufrido esos sistemas a confundirnos. Es tristemente frecuente el que muchos se alejen de la poesía actual porque «no rima», porque «no se entiende», porque «a mí lo que me gusta es Lorca» —el Lorca del Romancero, claro, no el de Poeta en Nueva York—. Hay que culpar sobre todo a los que estable-

cen los planes de estudio, a los que elaboran textos educativos y a los profesores, siempre y cuando estén en ese territorio del prosaísmo radical y alejados de lo poético por los estudios que ellos mismos recibieron. No todos, por supuesto; hay profesores heroicos que luchan contra el sistema, pero son minoría.

Todo esto sería ocasión de otro estudio más largo y en profundidad, pero admitamos al menos que la poesía, tal y como hoy se mueve, tiene mucho de antisistema (peligrosa palabra tan de moda) y hay que tener en cuenta su variedad de formas aunque en el fondo se siga hablando de las mismas cosas. Para entendernos: si Aquiles fue un gran héroe poético y lo bucólico el colmo de la ambientación de muchos vates, hoy les hacen sombra Lobezno, Supermán o los paisajes ciudadanos «de antenas y de cables».

Cuando apareció el surrealismo, e incluso antes, con el modernismo, empezó a cambiar el aspecto y se abrió un abanico increíble de posibilidades. Todo empezó a ser posible objeto poético. Esto, ahora, ya es evidente:

los objetos cotidianos, las situaciones más vulgares, las expresiones más ordinarias se han incorporado a lo poetizable y eso ya no hay quien lo pare.

En un reciente encuentro poético con jóvenes de instituto que mantuve hace poco, recuerdo que escogieron para trabajar sobre la idea y preparar sus propias composiciones un poema mío dedicado a una piscina. No puede decirse que eso sea un elemento poético tradicional ¿verdad? Pileta, rebosaderos, skimmers, duchas, agua clorada... no parece que inviten a escribir muchos versos. Pero también ahí puede estar el aliento actual. Tal vez admitiendo aquello de que *la poesía no se hizo sólo para cantar grandes cosas – que por supuesto deben cantarse – sino también para convertir en grande cualquier cosa*. Asunto distinto es que los poetas se animen a dar categoría poética a la cotidianeidad más común que tienen ante ellos en vez de empeñarse en seguir dando vueltas al molino de las supuestas emociones y sigan queriendo poner los ojos en blanco ante un almendro florido

que han visto en una fotografía de Internet.

No sería prudente crear comportamientos estancos en este asunto, pues bien sabemos que también los clásicos hablaron de los asuntos de diario de su tiempo. Bastaría con recordar a nuestros grandes del Siglo de Oro, con Baltasar de Alcázar y sus berenjenas con queso, a Góngora y su hermana Marica o a Quevedo y toda su parafernalia.

Una cosa sí que parece segura: que la poesía es una superviviente. Siglo tras siglos se repite la misma frase: «malos tiempos para la lírica», así que de tanto pasar malos tiempos, siglo tras siglo, parecería que la poesía está bastante delicada de salud —algun cretino piensa que muerta— pero resiste e incluso, en castellano, ha crecido en lo que llevamos de siglo XXI.

Por mi parte no estoy dispuesto a entonar baladas funerarias, elegías o epitafios. En todo caso, aprovecho para denunciar desde esta líneas a los pretenciosos asesinos, los que la asedian desde fuera por ignorancia, cutre sistema educativo, resentimiento, prosaísmo

vulgar o mercantilismo desafornado y los que la maltratan desde dentro, también por ignorancia, presunción, corrupción o tribalismo. Ciento que no han conseguido acabar con ella porque es resistente y flexible como un junco y no dura como un roble, pero anda bien castigada la pobre.

Vamos resumiendo para no darle muchas más vueltas. La poesía tiene que ver con lo emocional, pero no es la emoción; tiene algo de ritual, pero no es un rito, suele tener su magia, pero no es la magia, incluso produce beneficios en el espíritu, pero no es un remedio ni mucho menos la panacea alquímica que algunos pretenden.

Así que, por todo esto y por muchas cosas más que se le ocurrán al lector, concluyo que resulta prácticamente imposible definir la poesía, y lo que es mucho mejor: no hace ninguna falta.Δ